

JOAQUÍN DEL VALLE-INCLÁN ALSINA

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
Y LA IMPRENTA
[Una introducción]

BIBLIOTECA NUEVA

INDICE

PRÓLOGO	13
I. DEL MANUSCRITO AL LECTOR	25
II. CAPITULARES	57
III. PLANAS DE BIRLÍ	93
IV. GRABADO DE CIERRE	103
V. CUADRAR EL GRABADO	113
La plana sin blancos	125
VI. CULOS DE VASO	135
Cambios por estética	149
Un ejemplo complicado	155
VII. LÍNEA CORTA DE FINAL DE PÁRRAFO	157
VIII. LÍNEA LADRONA	179
IX. LA CAJA	191
Llenar la plana	191
La Plana recuadrada	216
X. LA CORRECCIÓN	225
La composición mecánica	233
XI. LA PUNTUACIÓN	239
Puntuación y composición mecánica	256
Un caso especial. La coma entre el sujeto y el verbo ..	257
XII. ORTOGRAFÍA	263
XIII. EL PAPEL	269
XIV. NOTAS	273
XV. ARTÍCULOS Y OBRAS QUE SE CITAN EN FORMA ABRE- VIADA	363
XVI. APÉNDICE	367
XVII. ÍNDICE DE TÍTULOS DE RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN ..	377
XVIII. ILUSTRACIONES	385

PROLOGO

Si al cotejar las ediciones de *Águila de blasón*, realizadas en 1907, 1915 y 1922, vemos que en la tercera, página ciento trece, en la última línea de la acotación, el texto varía de (1907; 1915): «a lo largo de la ribera acompañada», a (1922): «a lo largo del arenal acompañada», cabe pensar, como mantiene la crítica al uso, que esta variante es imputable al afán estilístico de Valle-Inclán, a su perfeccionismo..., pero si se analiza debidamente no hay otra causa que la normativa tipográfica. Descrita con más exactitud, comparando las dos últimas líneas, será más fácil comprenderlo (subrayado propio):

de pesca. La señora desembarca y desaparece a lo largo de la ribera acompañada del clérigo de aldea. (1915)

rejos de pesca. La señora desembarca y desaparece a lo largo del arenal acompañada del clérigo de aldea. (1922)

La disposición del texto es diferente —se debe a la ausencia de letra capitular en la edición de 1922— con lo cual la línea final de la acotación recibe más letra, haciendo que su medida sea mayor que la caja, lo que exige dividir la última palabra. De seguir el texto de 1915 quedaría algo así:

rejos de pesca. La señora desembarca y desaparece a lo largo de la ribera acompañada del clérigo de aldea.

Pero esta distribución no es correcta en tipografía, ya que constituye una línea ladrona, es decir, «la que tiene menos de cinco letras en medidas cortas y de siete en las largas» (Morato), sumándose el defecto de resaltar mucho visualmente pues el texto de las acotaciones va en cursiva.

Si el autor hubiese optado por la línea ladrona, o modi-

ficase el espaciado para pasar más letra, se enfrentaría a otra complicación: Al crear un renglón más (con «dea. /» o «aldea. /») la plana termina con «DOÑA MARÍA», y en la siguiente leeríamos su parlamento: «Nadie. /», cosa completamente inadmisibile.

Cabrían varias soluciones como componer de nuevo la acotación, variar el interlineado, sacrificar el espaciado apretando mucho la letra, pero la más barata y eficiente es modificar el texto, ganando o perdiendo letras, como en este caso, para lograr un ajuste que evite el defecto de la línea ladrona y una plana defectuosa. Recuérdese que el espaciado regular «es la primera condición de una buena composición tipográfica» (Morato), aunque no siempre pueda lograrse.

De seguir cotejando esta misma página, veríamos que en la tercera edición se han suprimido tres entradas (dos de DOÑA MARÍA y una de EL CAPELLÁN) y la explicación también está en la tipografía, pero no se halla la causa leyendo, sino al mirar. Observando las planas ciento trece y ciento catorce de *Águila de blasón* en 1922, la última página mencionada es el final de la escena sexta, y siguiendo el diseño del libro, cierra con una viñeta —mucho mayor que en la segunda edición— como todos los finales de escena. Pero si no se ganasen líneas, acortando el texto, toda la página sería llena siendo imposible colocar el grabado. Esta falta no tendría tacha desde un punto de vista tipográfico, pero no corresponde con la estética del libro que persigue el autor, pues no acepta que unas escenas rematen con viñeta y otras no. De nuevo la solución es modificar lo antes impreso obteniendo así el espacio necesario.

Por lo dicho, queda meridianamente claro que este trabajo pretende mostrar la influencia que ha tenido el proceso de impresión, la normativa tipográfica y la estética del libro en los cambios de texto en las obras de don Ramón del Valle-Inclán, fenómeno que no le afectó en exclusiva, aunque sí en mayor grado que a sus contemporáneos debido a la abundante decoración de sus ediciones.

Ahora bien, aun partiendo del análisis del proceso de fabricación material del libro, no se sitúa este trabajo dentro de la bibliografía textual, pues no pretende rescatar un texto más fiel que el impreso, problema inexistente en el campo de trabajo elegido. Aquel que Valle-Inclán dio por bueno, salvando erratas y deslices, es el de la última edición en libre-

ría en vida del autor, que más allá de toda duda contó con su intervención y aprobación.

Por lo tanto, nuestro interés está en comprender y sistematizar los motivos que llevaron a su creador a modificar partes, a veces extensas, a veces mínimas, de sus obras. Es de ene que los autores, ayer y hoy, retocan sus creaciones no solamente por cuestiones estilísticas, sino por una amplísima gama de motivos: Porque se escribe para publicaciones periódicas y el material es demasiado amplio, o insuficiente, para el espacio destinado al artículo, porque hay que hacer sitio a las ilustraciones, porque la editorial desea en su colección más o menos páginas por volumen, porque hay censura, porque el concurso de turno exige tantas o cuántas páginas por original... Todo esto es habitual y conocido para cualquiera que haya publicado —o intentado publicar— alguna producción de su cacumen. Pensar que los escritores del siglo pasado estaban por encima de estas «trivialidades» conduce a la errónea conclusión de que todo lo salido de las prensas respondía única y exclusivamente a la voluntad creadora. Este prejuicio, hoy en día un tópico, ha llevado a estudiar los textos de don Ramón —y de sus contemporáneos— en un limbo editorial, donde los cajistas no se equivocaban ni componían con sus propias normas ortográficas, ni interpretaban palabras dudosas o difíciles a su leal saber y entender, ni ponían y quitaban signos de puntuación para conseguir un buen ajuste. En este limbo editorial, diarios y publicaciones periódicas abrían sus planas para que Valle-Inclán publicase cuando le viniera en gana, de manera que la cronología de la publicación se identifica con la cronología de la creación; por supuesto, tampoco ponían ningún límite a la extensión de las colaboraciones, nunca las recortaban por falta de espacio ni para evitar expresiones malsonantes o temas escabrosos.

Las ediciones también gozaban la dicha de estar fuera del mundo terrenal, por lo que jamás había necesidad de ajustar líneas o dividir palabras, la presencia o ausencia de capitulares y adornos carecía de importancia, así como el cuerpo de letra y la caja, si los capítulos iban seguidos o no, el número de líneas mínimo en una plana... y con la fe del carbonero, se afirma que el autor ejercía una corrección meticolosa y exacta, hecho completamente falso que además ignora el papel desempeñado, durante una época indeterminada, por Josefina Blanco, su esposa, como correctora de las galeradas.